

Sección de notas

¿ES UNAMUNO FILOSOFO?

a) Cabe preguntarse si la actuación literaria de Unamuno, dado lo antedicho, es la de un filósofo. Filósofo en el sentido común del término. Si observamos, por poco que sea, la obra de Unamuno, tropezaremos pronto con el pensamiento de que Unamuno es el creador de cierta filosofía, una filosofía propia e individual, alejada de la convencional. De hecho, sería la mera carencia de filosofía hecha sistema, la a-filosofía, la que constituye la base de la filosofía de don Miguel de Unamuno. Su concepto tan especial de la historia, del mundo, de la vida, del ser, del no-ser, de lo que él llama el «serse», su humanismo, todo ello es expresión de un innovador, un creador, un pensador, pero nunca un filósofo convencional. Tal vez por ello, por no ser convencional, Unamuno no crea escuela y el unamunismo muere con Unamuno como nació con él. La obra de Unamuno es un paréntesis en la literatura española, un paréntesis de cierta amplitud, de cierta originalidad, que se estudia, se saborea, pero que no se imita ni se sigue. Cabe tal vez decir que en cada cual hay algo de Unamuno, de su concepto de la vida, de su modo de ser y de pensar y raras veces de expresarse.

Trataremos de justificar todo ello a través de algo de la obra y del pensamiento de don Miguel. De su sentimiento sería más pertinente decir.

b) *La ficción de «Niebla»*: Unamuno es tal vez la respuesta más adecuada para aquellos que quieren encasillar (hablaremos de «encasillar» ya que tratamos de Unamuno), aquellos que quieren encasillar a los escritores en cajones herméticos de géneros literarios anteriores o posteriores. Podemos hallar en Unamuno rastros del pretérito romántico francés (y Unamuno vivió mucho en Francia), del romanticismo español, de su contemporáneo y casi-futuro llamado kafkianismo, mucho de la Biblia y de los Evangelios, un sinfín de escuelas y de doctrinas. Con todo, no se puede negar que exista un

denominador común en toda la obra de Unamuno. Este denominador común está en su estilo propio, su forma personal de comprender a través de lo que siente y de expresar lo que comprende y siente a través de sus cinco sentidos.

Entre los puntos principales de este estilo está la falta de claridad, el desorden más ordenado y lo ilimitado de un pensamiento que nunca llega a cristalizarse. Una de las primeras exclamaciones de regocijo salida de boca del personaje de ficción por excelencia de la novela de Unamuno, su Augusto, de *Niebla*, es sin duda o casi sin duda la exclamación siguiente:

Gracias a Dios que sé a dónde voy y que tengo a dónde ir.

¡Augusto acaba de conocer a la que cree ser su novia!, aunque sin saber nada preciso todavía.

Es este el símbolo del hombre perplejo tal cual se lo veía a mediados del siglo pasado, el hombre que no sabe qué hacer con su vida, que duda y vacila, busca sin encontrar y cuando encuentra algo, duda haber encontrado. No cree en nada y para expresarme en tono unamuniano diré que hasta cuando duda o cree, sigue dudando y creyendo aun cuando dejó ya de creer y de dudar. Es que para el personaje de Unamuno, la vida emerge del azar en tal medida, que sólo la casualidad se hace realidad y hasta la realidad no es más que una consecuencia lógica de esta casualidad. Las primeras páginas de *Niebla* servirían para demostrárnoslo. Cuántas veces el pobre Augusto, en camino hacia la casa de Eugenia, tropieza con ella en la calle y ni siquiera repara en ello. La tela de araña que es la calle para Unamuno, con todos sus imprevistos, le hace malas jugadas a Augusto. No existe una lógica comúnmente aceptada ni comprensible entre la causa y los efectos. No hizo Augusto tal cosa para merecer tal cosa. Augusto puede estar en el mismo milímetro cuadrado donde se halla Eugenia, mirarla de frente, pero no por ello habrá encuentro ni contacto entre ellos, mientras el azar no lo disponga, no empuje a uno contra otro; el azar o la fatalidad, claro está. El que estos dos personajes se encuentren o no no dependerá del hecho de que al encaminarse dos seres uno frente al otro, en cierto ángulo, se produce una cruz inevitable entre los dos, y éste es el encuentro fatal, lógico, inevitable. El que se encuentren o no, dependerá únicamente del choque que producirá el azar; nada dependerá de los personajes ni de la situación en que se hallen, el hombre no tendrá nada que hacer con su voluntad ni sus cálculos. Todo se resolverá fuera de ellos, de sus voluntades y los personajes no serán sino títeres después de haber sido creaciones de ficción, de pura ficción y fantasía.

La turbia creación ficticia del personaje de Unamuno es también universal, aunque por lo general no se la quiera reconocer como tal. Así también son los sentimientos humanos que nos describe Unamuno. El hombre, en este caso Augusto, se halla envuelto en una niebla, una niebla tremenda y cruel, humana y hasta casi personificada por su actuación en la obra. El ser está ennegrecido y perdido en ella hasta que... por casualidad... Augusto, después de haber descubierto el amor, su amor por Eugenia, parece salirse un poquito de esa niebla y ver un poco de las cosas de la vida, la misma vida. Claro está que más es lo que adivina que lo que ve. Luego, la claridad da belleza a las cosas y es así, bellas, como ve las cosas cuando asoma fuera de la niebla que lo envuelve.

La confusión llega hasta dominar las cosas de la vida de Unamuno y éste no sabrá nunca si la vida es juego, distracción, realidad o mera ficción. La confusión se opera en la mente de Unamuno tras de haber nacido, por obra suya, en sus obras, una tras otra. El verdadero sentido de la vida se esfumará o se oscurecerá y perderá mucho de su sentido dentro de la niebla que todo lo envuelve en el sentimiento filosófico del alma de Unamuno. La niebla soltará las riendas de la imaginación y ésta también formará parte de la filosofía de Unamuno.

Unamuno habrá leído a Spinoza y sus personajes, su personaje principal en *Niebla*, su Augusto será lo opuesto, diametralmente opuesto, de cierto teorema que Unamuno seguramente estudió y conoció y que citaremos a continuación. Sea como fuere, Augusto carecerá de esta convivencia entre la razón y el sentimiento de la que ya hemos hecho mención. Nos parece que es a pura conciencia: Unamuno habrá tergiversado el espíritu de Augusto para ponerlo en función indirecta con este teorema de Spinoza. Y don Miguel sabía lo que hacía. El teorema reza así:

El alma humana no cubre el conocimiento adecuado de las partes constituyentes del cuerpo humano.

El alma y no la razón. ¿Qué alma tiene Augusto? (1).

En cierta medida nos hallamos enfrentados con una negación de la intra-historia unamuniana, en otro terreno, desde luego.

Hay, nos dirá Spinoza, cierto alejamiento entre el cuerpo humano y la esencia de este cuerpo «salvo en la medida en que la esencia pone al cuerpo en acción». No habrá, pues, conocimiento o conciencia entre el alma humana y el cuerpo humano. Hasta Dios será anterior,

(1) Spinoza: «Ética» (Del Alma), teorema XXIV.

distinto o ajeno al cuerpo humano y su única relación con este cuerpo será el hecho de ponerlo en acción, desde afuera, a través del azar.

El alma humana no se conocerá a sí misma salvo en la medida en que percibe las modificaciones de este cuerpo, nos afirmará el teorema XXIII de este mismo Tratado. Y es precisamente lo que sucederá con Augusto. Se preguntará este personaje si vive o muere, más de una vez; se preguntará igualmente si actúa o si sueña lo que le parece estar viviendo. Carece del mediador entre su pensamiento y sus sentimientos, duda de lo que cree ser la realidad, la verdadera realidad; duda entre la mera duda y la verdad. Dudas, ilusión y desengaños se seguirán casi en fila india a cada paso de la obra de Unamuno. Su desengaño será tal porque él mismo lo habrá querido y lo habrá causado, por azar. Hará decir don Miguel a su creación casi humana Don Avito en *Niebla* que

No hay más que dos legados: el de las ilusiones y el de los desengaños (2).

Son mellizos, el desengaño y la ilusión en la obra de Unamuno y raras veces se separan. Para Unamuno resulta imposible vivir sin ilusiones; el siglo, la poca fe de los hombres de su época, las vicisitudes del siglo que todo lo niega, hacen que Don Miguel piense como piensa. A las ilusiones, claro está, seguirán los desengaños y luego un gran desengaño de todo. Unamuno, a pesar de sus convicciones, encasillará a esta pareja inseparable de sentimientos, en el marco enorme y superior de la Iglesia, no del concepto eclesiástico, sino que de la Iglesia, la construcción física, el hogar donde se medita, donde el hombre busca a Dios y a veces logra encontrarlo. Será entonces en *Niebla* (3) el «hogar de todas las ilusiones y todos los desengaños». Será también el lugar de las dudas, allá donde nos seguirá asegurando Unamuno:

No sé si creo o no creo; sé que rezo (4).

El hombre automáticamente vierte sus quejas, sus pensares y sus penas, tal vez hasta sus alegrías ante la imagen de Dios. Reza y ésta es la única realidad, el mero acto de rezar. Lo demás ¿qué será? ¡Niebla!, ¡ilusión! ¿Qué supone rezar para Unamuno? El hombre duda, vacila. La fe esquizofrénica de don Miguel es la que le hace vacilar, dudar y a menudo renegar. Pero reniega tan sólo en apariencia. En

(2) Unamuno: «*Niebla*», p. 75.

(3) Unamuno: «*Niebla*», p. 73.

(4) *Idem*, p. 73.